
LARGAS NOCHES DE LLUVIA



Viaje a Bizancio
Ediciones

MARC R. SOTO

LARGAS NOCHES DE LLUVIA

CLATTER

Colección Clatter N° 07

Largas noches de lluvia

Viaje a Bizancio Ediciones
C/Imaginero Fernández Andes, N° 3, 3° A
CP: 41008, Sevilla, España

www.bizancioediciones.com
yorkshire@bizancioediciones.com

Editor: José María Carrasco Díaz
Coordinador de Colección: Fco. Javier Pérez
Maquetación: Yorkshire

Primera edición: octubre 2011

© Viaje a Bizancio Ediciones por la presente edición 2011
© Factory Clatter 2011
© Marc R. Soto 2011
© Katja Faith por la portada 2011
© Eva Nuria Sempere Belda por el Logo de la editorial

Imprime Publidisa

Depósito Legal:
ISBN: 978-84-937272-9-1

Reservados todos los derechos. No se puede reproducir ninguna parte de este libro, ni almacenar en cual sistema de reproducción, ni retransmitir de ninguna forma ni bajo ningún concepto, mecánicamente, en fotocopias o de ninguna otra manera, sin el permiso expreso por escrito de la Editorial y del Autor.

“¿Lo oyes? Es el arpa de hierba,
que siempre nos cuenta algo nuevo...
Lo sabe todo de la gente de la colina,
de los que vivieron antes aquí.
Y cuando nosotros estemos muertos,
también contará nuestra historia”

El arpa de hierba,
Truman Capote

LARGAS NOCHES DE LLUVIA
(1967)

PRIMERA PARTE

Hay quien afirma que toda gran verdad nos es revelada con dolor. Puede que esto sea cierto y puede que no. Lo único que yo puedo decir al respecto es que al menos en mi caso no sucedió así. Si en alguna ocasión la Verdad me fue revelada, sucedió una mañana, cuando me disponía a tender la colada en el balcón de mi casa, y en aquel momento no fue doloroso en absoluto, sino sorprendente y reconfortante, como encontrarse con un viejo amigo en una ciudad extraña.

Había lavado la ropa en el patio la noche anterior, siguiendo las instrucciones que por la tarde Carmina garabateara a regañadientes en una hoja de papel. Mi esposa había insistido en levantarse y hacer la colada ella misma, pero no se lo permití. Tal y como había dicho el doctor, si no guardaba reposo absoluto y tomaba los preparados que le subía de la farmacia, su neumonía no tardaría en convertirse en un derrame de pleura, y entonces —le dije—, ¿quién lavaría la ropa, quién arreglaría la casa y prepararía la comida? Naturalmente, insistió en que se encontraba mucho mejor: ya casi no tenía fiebre y había recuperado parte de su antigua fortaleza (fortaleza que, he de añadir, le había ayudado a sacarnos adelante a mí y a nuestras dos hijas) pero, aun así, me mantuve firme. Como boticario he presenciado demasiadas recaídas fulminantes como

para ceder a aquellas alturas. En cualquier otra ocasión, Maite y Carolina se habrían ocupado de las labores domésticas, pero en aquel mes de marzo de 1967 ninguna estaba con nosotros: Maite se había casado con un ganadero asturiano el año anterior, y Carolina, la pequeña, estaba en Londres, en casa de Adolfo, uno de mis antiguos compañeros de estudios.

No, era yo quien debía ocuparse de la colada, y así lo hice, si bien lavé la ropa bien entrada la noche y esperé hasta la madrugada para tenderla. Una cosa es que un hombre esté dispuesto a desempeñar el trabajo de su mujer, y otra que no le importe ser visto por todo el pueblo mientras lo hace.

De modo que allí estaba yo, en el balcón casi totalmente a oscuras, con el barreño lleno de sábanas, camisas y mudas limpias todavía húmedas a mis pies. Me disponía a tomar un par de pinzas de la bolsa que llevaba colgada en bandolera cuando la tos de mi mujer hizo que me girara hacia la puerta que daba al dormitorio. Escuché con atención. El carraspeo que la primera semana había sonado como si en vez de flemas se arrancara sapos del pecho se había reducido a una tos seca y casi saludable. Aguardé un segundo y al no escuchar el sonido del esputo al golpear el orinal de latón comprendí que Carmina saldría adelante. Era una mujer fuerte, por supuesto que saldría adelante.

Giré de nuevo y me incliné sobre el barreño. En lo alto del montón de ropa había colocado los sostenes de mi esposa porque quería desprenderme de ellos cuanto antes. Por alguna razón, tocarlos en aquel contexto me producía una vaga aprensión, como si en vez de la ropa interior de Carmina fuera la de una desconocida. Ya había prendido con la primera pinza el extremo de uno de los tirantes al cordel más exterior cuando escuché cómo de nuevo mi esposa tosía en la habitación y, a continuación, pronunciaba mi nombre.

Dejé el sostén colgando y entré alarmado al

dormitorio. Una vez allí me encontré con que Carmina se había incorporado hasta apoyar la espalda en el cabecero de la cama y me miraba con los ojos brillantes. Apretaba el orinal contra el pecho, como si sostuviera un bebé en brazos. La superficie de latón brillaba a la luz de la lamparita de noche.

—He visto cómo llevabas el barreño, Anselmo. Lo has colocado todo... —tosió, y esta vez la tos volvió a sonar húmeda— Lo has colocado todo muy bien. Pero para tenderlo...

—Vuelve a tumbarte, cariño —la interrumpí—. Y tápate, por Dios. No te conviene volver a coger frío a estas alturas.

Pero ella negó con la cabeza y se mantuvo en su sitio, bajo la reproducción de El Cristo de San Juan que Maite y Arturo nos regalaron antes de marchar a Cangas de Onís, ése en el que Jesucristo Crucificado nos observa desde lo alto, como derramando Su Perdón Universal sobre el mundo. Pensé en obligarla a tumbarse, pero enseguida desistí. Carmina era la más dulce de las mujeres, pero cuando se lo proponía podía ser terca como una mula.

—Hay algo que decía mi madre: «De mayor a menor, mantas, faldas y pudor». ¿Entiendes?

Negué con la cabeza.

—Que a nadie le interesa la talla de mis sostenes, Anselmo, ni si tus camisas tienen zurcidos. Las sábanas, en la cuerda de afuera; camisas, faldas... — volvió a toser, y esta vez escupió un denso esputo que arrancó un tañido lúgubre del orinal de latón —... y pantalones, en la del centro; y en la cuerda de adentro, las prendas íntimas. Todos usamos ropa interior y Dios sabe cuánto cuesta limpiar algunas veces la de los hombres.

Se detuvo unos segundos, pero al ver que yo no decía nada, continuó:

—Lo que quiero decir es que todos sabemos que

no siempre queda impoluta pero aún así, Anselmo, aún así no tenemos por qué ver la de los demás. Así que «de mayor a menor», ¿me entiendes ahora?

Asentí con la cabeza y vi que ella sonreía mientras dejaba el orinal en el suelo y volvía a meterse bajo las mantas. Cerró los ojos y comenzó a respirar si bien no con total normalidad, sí con un estertor mucho más suave que aquel ronquido bronco que tan nervioso me había puesto la semana anterior.

Salí otra vez al balcón y, al inclinarme hacia delante para coger el sostén que había tendido minutos antes, vi que más allá de los tejados el cielo comenzaba a volverse del color de las sales de cobalto. Pronto amanecería. Una brisa leve y fría hacía ondear las sábanas tendidas en los balcones de las casas vecinas. Sonreí al imaginar lo que se ocultaba detrás de ellas, agradecido por no tener que verlo, porque mi esposa tenía razón: a nadie le interesan los zurcidos en los pantalones de sus vecinos, ni el color desvaído que toman las prendas íntimas con el tiempo, ni las manchas —la noche anterior, mientras frotaba con los dedos helados el jabón contra la tela mojada, había tenido ocasión de comprenderlo— que tanto cuesta hacer salir de la ropa sucia.

Fue un gran momento, un momento de reconciliación, como cuando la última pieza encaja y el puzle sobre la mesa está por fin completo, como encontrarse con un amigo en una ciudad extraña, pero luego Matías, el cartero, apareció al fondo de la calle y supe que todo había comenzado a rodar.

Bajaba a la carrera, sujetándose con una mano la gorra en la cabeza y con la otra la cartera que llevaba colgada del hombro. La cartera no estaba cerrada y de su interior asomaban un par de paquetes envueltos con papel de estraza y varias docenas de cartas. A mitad de la calle, dos de ellas escaparon y se quedaron aleteando unos segundos en el aire antes de caer al suelo como palomas muertas. Matías debió de verlas por el rabillo del ojo, porque al punto se detuvo, dio media vuelta, hincó una rodilla en el suelo para recogerlas y las devolvió a su sitio en la cartera. Cuando se giró de nuevo para seguir corriendo, miró hacia arriba y me descubrió asomado al balcón.

—¡Eh! —Gritó—. ¡Eh, boticario!

Tenía el rostro delgado empapado en sudor, los ojos muy abiertos y brillantes, las manos crispadas.

—¿Qué ha pasado, Matías?

Matías avanzó un par de pasos hasta colocarse bajo el balcón.

—Iba a ver al medico, pero supongo que lo mismo sirve usted. Baje, por favor.

—¿Que baje?

Si su carrera alocada por la calle y la expresión de su rostro no me hubieran convencido de la gravedad del asunto, la mención del doctor Jiménez habría

terminado de hacerlo. El doctor vivía en el otro extremo del pueblo. En su confusión, Matías había ido a buscarle en la dirección equivocada.

—Sí, por favor. ¿Tiene un botiquín a mano?

—En la rebotica.

—Pues cójalo. —Y entonces dijo algo que me erizó la piel—: Aunque dudo que vaya a servir de algo.

Entré corriendo en casa y tras referirle a mi esposa lo poco que me había dicho el cartero, bajé las escaleras y pasé a la rebotica. Una vez allí, saqué del armario el botiquín y, con él bajo el brazo, salí por la puerta de la farmacia. Matías me esperaba en la calle, retorciéndose las manos.

—Nunca he visto algo así, don Anselmo, salvo en el cine, y no es lo mismo.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—El Rogelio —contestó, señalando calle arriba con la mano mientras comenzábamos a caminar a buen paso—, que se ha... Traigo un paquete para él. Toqué el timbre, pero no abría y como la puerta del bar estaba abierta y tenía que firmarme el recibo, entré. Total, que me lo encontré en el baño.

—¿En el baño?

—En la bañera.

Doblamos la esquina y recorrimos la calle principal que da a la plaza del ayuntamiento. La casa de Rogelio Villanueva estaba a tan solo un par de bocacalles de allí. Íbamos dejando una nube de vapor a nuestro paso. Mi frente y las palmas de mis manos comenzaban a impregnarse de sudor, pese al frío de la mañana. Las lluvias habían cesado una semana atrás, pero la tierra retenía la humedad y la iba liberando

poco a poco. En torno a los faroles encendidos flotaban nimbos dorados. Los adoquines relucían, empapados de rocío.

—Se ha abierto las venas, don Anselmo. O eso creo. El agua de la bañera estaba toda roja, y el Rogelio dentro, entre blanco y azul. Para mí que ya da igual, que ya está tieso, porque con ese color... pero... —se encogió de hombros—. Bueno, por si acaso en cuanto vi el panorama salí escopetado a buscar al doctor.

Nos detuvimos en la plaza, entre el ayuntamiento y la Iglesia de Nuestra Señora. Me llevé una mano al bolsillo y al sacar el pañuelo caí en la cuenta de que, con las prisas, había dejado el sostén de Carmina colgado a la vista de todo el mundo. Ahora ya no había tiempo para volver. Lo único que podía hacer era confiar en que los vecinos no levantaran la cabeza al pasar frente a mi casa, o, si lo hacían, que miraran hacia otro lado. Cuando me pasé el pañuelo por la frente para enjugar el sudor, mis dedos temblaban.

—Pues fuiste en la dirección contraria —dije—, la casa del doctor queda justo del otro lado, pasado el transformador.

Matías no me miró. Siguió caminando mirando al suelo hasta que al cabo de unos segundos, dijo:

—Ya... hay que ver lo que son las cosas. Supongo... supongo que sabía que ya estaba muerto y no quería molestar al doctor por tan poca cosa.

Pero lo dijo en voz muy baja, entre dientes. Yo apenas lo oí. Ahora se me ocurre que tal vez ni siquiera fueran ésas sus palabras.

Diez minutos después, llegamos a El Podanco, el bar que había recibido en herencia Rogelio Villanueva cuando un fulminante ataque al corazón se llevó a su padre a la tumba haría cosa de siete años. Cuando le pregunté a Matías cómo era que la puerta estaba cerrada, se encogió de hombros y dijo que la había dejado simplemente entornada, por si a algún chaval le daba por colarse y se encontraba con el cuerpo de Rogelio flotando en la bañera como una trucha panza arriba.

Para demostrar que no mentía, dió un paso al frente y empujó la puerta, que giró en silencio hacia el interior. Nos quedamos unos segundos inmóviles frente al umbral sin atrevernos a pasar, pero al final no tuvimos otro remedio. Apreté el botiquín —una maletita blanca con la cruz roja pintada en ambos lados— contra mi costado y pasé.

Si hay algo en el mundo capaz de transportarte en un segundo a un pueblo abandonado, es sin duda un bar vacío. Uno puede entrar en una casa largo tiempo deshabitada, pasear entre los muebles cubiertos de sábanas polvorientas mientras las tablas del suelo crujen a cada paso y, aún así, pensar que sus dueños simplemente están de viaje, pero no se puede entrar en un bar vacío, oscuro y silencioso, sin estremecerse,

porque el silencio allí parece estar siempre a punto de, simplemente a punto de, como si en cualquier momento fueran a chasquear las fichas de dominó sobre la formica, a sonar de nuevo el repiqueteo de cristales bajo la barra, las monedas que pasan de mano en mano, el *ding-raca-chas* de la caja registradora. Como si todo a tu alrededor se mantuviera en precario equilibrio y bastara el menor ruido, el menor gesto, el menor movimiento en falso, para que algo comenzara a rodar y te pillara a ti, pobre bobo, en medio.

Si alguna vez había dudado de ello, aquella mañana todas las dudas se desvanecieron mientras Matías y yo atravesábamos el bar en casi completa oscuridad. La escasa luz de los faroles que llegaba desde la calle iluminaba a duras penas las mesas diseminadas junto a la pared, en las que las sillas patas arriba parecían gigantescas cucarachas muertas. Divisamos al fondo el extremo levantado del mostrador y hacia él nos dirigimos. Una vez al otro lado, pasamos junto a las barricas y llegamos hasta el hueco en la pared tapado con una simple cortina de cuentas de plástico.

—¿Por qué no encendemos la luz? —Le pregunté a Matías.

—El interruptor está al otro lado. Vamos —y se abrió paso a través de la cortina de cuentas.

Al poco Matías encontró el interruptor. Una bombilla solitaria iluminó el almacén, revelando un desolador panorama de cajas apiladas de cualquier manera, embutidos que pendían del techo como nidos de procesionaria, estantes a rebosar de latas, botellas de vino cubiertas de polvo, garrafas de aceite y trapos mugrientos. Junto a una de las paredes desconchadas había una mesa sucia con una silla desvencijada junto ella. Sobre la mesa, papeles, vasos en los que los posos hacía tiempo se habían solidificado, cadáveres de insectos atrapados en la superficie grasienta... Un desagradable olor, rancio y dulzón, como de fruta pasada y leche agria, flotaba en el aire.

Giré sobre mis talones para contemplar de nuevo la cortina tras la que el bar se mostraba relativamente limpio, recordando las ocasiones en que la había visto desde el otro lado del mostrador mientras me llevaba un vaso de tinto a los labios, y comprendí que de algún modo, siempre había sabido lo que se ocultaba tras las cuentas de colores. Conociendo los rumores que corrían sobre Rogelio, cómo no saberlo. Pero por alguna razón, había mirado hacia otro lado. Porque siempre miramos hacia otro lado. Es más cómodo, hasta que no queda otro remedio y hemos de cruzar la cortina, quizá a oscuras, quizá con los ojos cerrados, las manos sudorosas y el corazón latiéndonos apresuradamente en el pecho.

Y, aun así, es posible que ni siquiera entonces deseemos encender la luz.

—Vamos —murmuré entre dientes. Matías giró la cabeza y me contempló con la gorra hecha un guiñapo en su mano—. Vamos de una puñetera vez.

Matías asintió y me llevó hasta la puerta en el extremo opuesto del almacén. Al otro lado, unas escaleras conducían al primer piso.

El cuarto de baño estaba al fondo del pasillo, y la bañera al fondo del cuarto de baño, bajo un pequeño ventanuco por el que ya entraba la tímida luz de la mañana. Al entrar, Matías dejó la bolsa del correo apoyada contra la taza del retrete y aguardó a que yo hiciera algo.

Yo, sin embargo, estaba lejos de poder hacer nada. Contemplaba paralizado la bañera llena de agua rosada y el cuerpo de Rogelio sumergido en ella. Estaba completamente vestido: zapatos, pantalón y camisa blanca con las mangas remangadas hasta el codo, y di gracias a Dios porque no tenía que ver su panza cianótica sobresaliendo del agua, ni su pene meciéndose lentamente como una anémona. Aún así, se podían ver los antebrazos flotando, con la piel azulada y arrugada, y los profundos cortes verticales a la altura de las muñecas. La cabeza, apoyada en el borde de la bañera, miraba inexpresivamente al frente.

Al apartar la mirada, vi la hoja de papel plegada en el lavabo.

—¿Habías visto esta hoja? —pregunté.

Matías negó con la cabeza.

—No. Entré en el baño porque la luz estaba encendida, pero en cuanto vi el panorama salí corriendo.

Alargué una mano, nervioso y tomé el papel. Lo giré unos segundos en mis dedos, como para comprobar si tenía algo escrito en la cara exterior, pero no encontré nada. Cuando lo desdoblé, en su interior sólo encontré las cuatro palabras escritas con trazo nervioso:

«Humo y al monte».

Matías se acercó para leer él también las palabras, chasqueó la lengua y apretó con aún más fuerza la gorra entre sus manos.

—¿No va a hacer nada? —preguntó al cabo de unos segundos.

Yo me lo quedé mirando sin saber qué decir.

—Con el botiquín, digo —añadió cuando comprendió que yo no iba a responder—. Tomarle el pulso, o la tensión, o yo qué sé.

Lo cierto era que no había necesidad de tomar ningún pulso. Bastaba con mirar el tono de su piel, su pecho inmóvil, el color del agua tinta en sangre para saber que no había nada que hacer, pero de todas formas decidí complacerle.

Me remangué las mangas de la camisa y me arrodillé junto a la bañera. Alcé la mano y guié los dedos índice y corazón hasta su cuello. Estaba frío, helado. Contuve la respiración y apoyé la yema de los dedos a la altura de la carótida. Al hacerlo, a pesar del rigor mortis, la cabeza basculó hacia la izquierda y su mirada, ya sin brillo, se clavó en mí.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Matías.

Aparté los dedos del cuello (no había pulso, por supuesto, ni necesidad alguna de abrir el botiquín de urgencia que había llevado conmigo) y le tranquilicé.

—Sólo se ha movido un poco. No hay por qué...

—No. Lo del cuello, debajo de la barbilla.

—¿Qué?

—Se ha visto un segundo. Algo... No sé, de otro color. En la piel, ahí, bajo la barbilla.

Me incliné de nuevo sobre el cadáver, extrañado, porque yo no había visto nada fuera de lo normal. Claro, que no había esperado ver nada fuera de lo normal, y eso podría haberme condicionado. Me moví unos centímetros hacia la izquierda a fin de ver el cadáver desde el mismo ángulo que Matías y entonces sí, entonces lo vi: dos manchas de un azul más oscuro, casi negro, que quedaban parcialmente ocultas bajo la barbilla.

Conteniendo un escalofrío, con el corazón latiendo furiosamente en el pecho y una fina pátina de sudor que comenzaba a bañarme las sienes, llevé las manos hasta la cabeza de Rogelio y, poniendo cada palma en una de las mejillas azuladas, le hice alzar la barbilla. Bajo la mandíbula inferior aparecieron, redondas, del tamaño de dos monedas de perra gorda, una junto a la otra, dos manchas oscuras.

—¿Qué cree que son? —preguntó Matías, despacio.

Yo tragué saliva y no respondí, sin dejar de mirar las marcas en el cuello de Rogelio.

—¿Qué cree que son, don Anselmo?

Parpadeé, exhalé el aire y volví a colocar la cabeza del finado con la barbilla hincada en el esternón. El movimiento produjo una leve sacudida en el agua de la bañera, que lamió la camisa blanca del hombre y dejó una línea rosada en torno al pecho. Me vi reflejado durante un segundo en el agua, pero aparté la mirada rápidamente.

—No lo sé. No sé qué son. No...

—Tenemos que llamar a la guardia civil.

—Claro —respondí, sintiéndome fuera de mí. Me froté las manos en el pantalón. Las sentía sucias a pesar de que no habían tocado el agua en ningún momento.

—¿Sabe si tenía teléfono?

Negué con la cabeza, mordiéndome el labio inferior mientras miraba a un lado y otro del baño y seguía frotándome las manos en el pantalón.

—¿A lo mejor en el salón? —insistió Matías.

—No lo sé, a lo mejor.

—Si le parece, puede quedarse aquí mientras lo busco.

—De acuerdo —me oí responder.

—Tardaré cinco minutos, aproximadamente.

—De acuerdo —repetí.

—Y tranquilícese. Todos conocíamos a Rogelio, y... bueno, esto era algo que se veía venir. Según mi esposa, lleva treinta años suicidándose.

—Aún así, el espectáculo... —dije señalando la bañera—. Cuando me dijiste lo que había pensé que sería diferente. Que podría... no sé. Pero...

—Claro, pero tiene que tranquilizarse. Volveré en cinco minutos.